

Fernando Díaz Ruiz

Entrevista a Consuelo Triviño: reivindica la obra del semiolvidado Vargas Vila, negando similitudes con la de Fernando Vallejo

En el año del sesquicentenario del nacimiento del escritor modernista más leído de su época, exiliado a Europa debido a sus ataques a los líderes de la Regeneración colombiana, la autora de *La semilla de la ira* (2008), novela sobre la vida de Vargas Vila, señala que sería importante elegir tres o cuatro libros suyos, los de mayor valor, y colocarlos en el lugar que les corresponde en nuestro sistema literario. Triviño se lamenta de que hasta ahora el mito de Vargas Vila haya tenido más peso que su obra, pero aun así se resiste a ver similitudes con la literatura y figura del también polémico Fernando Vallejo, que, en su opinión, hoy en día no constituyen “una amenaza para nadie”.

Fernando Díaz Ruiz (FDR): En el gran basurero de Internet acabo de encontrar una columna del diario *La Vanguardia* fechada en 1962 que hablaba del olvido del centenario del nacimiento de José María Vargas Vila, en 1960. Parece que cincuenta años después, gracias a usted y a su novela sobre este autor, *La semilla de la ira*, la efeméride no pasará desapercibida.

Consuelo Triviño (CT): Puede que pase desapercibida porque, aunque sigue estando presente en Colombia, las nuevas generaciones no han sufrido ni padecido el peso de la figura de Vargas Vila como algo maldito y prohibido. En todo caso, la Universidad Central de Colombia ha celebrado en septiembre los 150 años de su nacimiento dedicando un espacio a *La semilla de la ira*.

DR: Imagino que para usted, que escribió su tesis doctoral sobre Vargas Vila hace tiempo, cuando el nombre del escritor llevaba varias décadas en el limbo literario, y que consiguió rescatar del olvido y reeditar sus diarios secretos, hoy es un motivo de orgullo haber contribuido desde su faceta como novelista a la rehabilitación de un escritor de su importancia.

CT: De todos modos, Vargas Vila ha acaparado los titulares de la prensa. Por ejemplo, en el año 1960 el *Boletín Cultural y Bibliográfico* de la biblioteca Luis Ángel Arango le dedicó todo un número con motivo del centenario de su nacimiento. Y ha habido distintos momentos en que Vargas Vila ha vuelto a la prensa colombiana con motivo de una u otra efeméride. Por ejemplo, en el año 1982 la editorial Oveja Negra de Bogotá editó algunas de sus obras en una colección, coincidiendo con el intento de un sector de la masonería y de los liberales de trasladar sus restos de Barcelona a Bogotá, lo que se hizo en ese año. Después, volvió a ser noticia en 1988 a raíz de la edición que hice del diario; y luego en 1998, cuando la editorial Panamericana reeditó sus obras completas, bajo la dirección de Juan Carlos González Espitia, quien ahora trabaja por la recuperación, escaneo y puesta en red de su obra. En las ediciones para Panamericana colaboré seleccionando y prologando algunos libros, de modo que sí que ha estado presente, y al salir mi novela en 2008 volvió a ser noticia, lo mismo que este año que se cumplen los 150 años de su nacimiento.

FDR: En los últimos años he tenido la oportunidad de ir comprando y leyendo las ediciones de varias de las obras de Vargas Vila y tras leer *La semilla de la ira*, novela que en cierto modo recrea sus diarios secretos, me maravilló cómo consiguió cincelar con habilidad de orfebre el ritmo y cadencia de su prosa. Cuénteme algunos de sus secretos y de sus dificultades.

CT: Sin ninguna vanidad puedo asegurar que escribo mejores novelas que Vargas Vila, porque él no cuenta historias, y mi novela inspirada en su vida es una narración. Al releer su diario me sitúo en una época que me ha conmovido muchísimo y cuya versificación y ritmo hace parte de mi ser. El público latinoamericano ha vibrado y amado con la poética modernista que atravesó el cancionero popular. Los poemas de Rubén Darío que aprendí siendo niña y me enseñó mi madre, provocaron que cuando yo escribí esta novela viviera internamente, sin ser muy consciente de ello, un proceso químico de fusión de muchas corrientes, de memoria, del ritmo de la lengua que viaja a través de la sangre y que me permitió, a lo mejor, a través de la vida de Vargas Vila, revivir esa época, la poética modernista que él encarna y a la que él no puede ser fiel porque la destroza malamente en frases recordadas con violencia. Él está violentando la lengua, rebelándose contra la sintaxis, queriendo ser innovador, pero fracasa, porque resulta muy afectado. Lo que hay en mi novela es un ritmo, una forma que viaja a través del idioma de todos y en el que se expresan nuestros sentimientos.

FDR: Es fácil suponer que su conocimiento privilegiado de los diarios secretos del escritor le ha permitido trazar un relato fidedigno de un personaje tan complejo y fascinante como fue este libertario anticlerical, carente de toda capacidad de auto-crítica. ¿Me equivoco? ¿Cómo afrontó la tarea de reconstruir al hombre que había detrás del panfletario e iconoclasta?

CT: Se trataba de inventar un personaje, pues lo que no va saber un lector que no conozca la obra de Vargas Vila es que la novela está escrita con retazos de sus obras: coge un párrafo de su diario y continúa tejiendo sin parar hasta convertirlo en una narración de lo que Vargas Vila no contó y he tenido que inventar. Se trata de

un personaje posible que viaja a Colombia a visitar la tumba de su madre, algo que él hubiera querido hacer y no pudo llevar a cabo. Además, los personajes que aparecen en *La semilla de la ira* hacen el papel de amigos o conocidos y en realidad son ficticios, están sacados de sus novelas. Entonces los nombres ficticios se mezclan con los históricos, con los conocidos por Vargas Vila.

FDR: En todo caso, también es cierto que Vargas Vila recogía en sus novelas muchas experiencias idénticas a las que le habían ocurrido, como sus vivencias como maestro rural, y en este sentido, cabe pensar que algunos de sus personajes, a los que su novela confiere un estatuto real, hubieran existido de veras y tratado con el escritor.

CT: Sí, en ese sentido, el de mi novela es un Vargas Vila posible.

FDR: Efectivamente, de *La semilla de la ira* surge un Vargas Vila verosímil, hasta el punto de que algunos lectores pueden llegar a pensar que, más que frente a una novela, se hallan ante el auténtico diario secreto del escritor. ¿Quiso con su obra rendirle homenaje al Vargas Vila hombre, irremediabilmente obsesionado consigo mismo? ¿Hasta qué punto cayó fascinada por la personalidad del escritor?

CT: Lo que he pretendido es humanizar al personaje, intentar comprender en qué consistían sus quejas y sus dolores. Cuando uno se acerca a la persona, la está desmitificando. Lo que sientes no es admiración por ella sino conmiseración, ya no la juzgas, sino que entiendes sus circunstancias, pero sobre todo sientes fascinación por su época. Particularmente, me conmueve su condición de escritor que ha tenido que batirse solo en el exilio, que no pudo volver a su tierra. En mi novela, Vargas Vila, con cuarenta años, tiene que pagarse la edición de su obra, a pesar de ser un escritor conocido, es decir, está

abriéndose camino en Europa, intentando vivir de su escritura... Claro está que tenía amistades y conexiones políticas con los liberales, con los masones, con algunos caudillos que lo apoyaban, pero no vivía de ellos, como muchos escritores de su tiempo, y tampoco necesitaba del periodismo. Vivió de la venta de sus libros y eso me resulta admirable. Obviamente tuvo afinidades ideológicas con Eloy Alfaro, Joaquín Crespo o con el primer presidente de la Revolución mexicana. Éstos lo ayudaron y protegieron, pero mantuvo su independencia económica, lo que no ocurrió con Rubén Darío, que dependía de sus colaboraciones para la prensa y de los caudillos.

FDR: Tras haber leído su tesis y otros artículos académicos suyos dedicados al escritor, no pude evitar sentirme ante una segunda tesis doctoral *sui generis* de Consuelo Triviño sobre el autor de *Aura o las violetas*. Quizás sea descabellado decirlo, pero pienso que es posible aprender casi tanto sobre el escritor con su novela como con sus textos académicos.

CT: Es un hecho que las nuevas generaciones no tienen por qué saber quién era Vargas Vila. Ahora, con mi novela, se pueden imaginar cómo era este señor, pero sobre todo, la época a la que pertenecía y que es una parte muy rica de nuestro pasado. Creo que el mito de Vargas Vila muere con esta novela, ya que el mito se alimenta del desconocimiento y al desvelar al personaje se le desmitifica. No sé si es una pretensión mía que se conozcan, o se imaginen un personaje y una época, porque cuando escribí la novela sentí que estaba viajando por toda América Latina con él, que era una obra muy latinoamericana, y pude, como él, estremecerme con las realidades políticas, con la injusticia y la desigualdad que afectan a todo un continente. Sentí que lo que pasó hace cien años pasa ahora, que estamos dando vuel-

ta alrededor de los mismos fantasmas. Me dio la impresión de que escribía sobre el presente, más que sobre el pasado.

FDR: A este respecto, ¿cree usted que hoy en día siguen siendo necesarios panfletarios que agiten la conciencia de Colombia como Vargas Vila?

CT: Panfletarios tal vez no necesitamos, pero sí personas honestas y capaces de señalar lo que ocurre, algo que, por ejemplo, sí está ocurriendo en el cine. Hoy vemos películas en las que se muestra cómo un pueblo es masacrado por intereses económicos transnacionales, lo que en verdad ocurre. Entonces, quizás no deberíamos perder la conciencia sobre lo que está ocurriendo. Lo que pasa es que las reivindicaciones, consignas y panfletos del pasado ya no valen para el presente; ahora lo que se requiere son actos cívicos: actos de la conciencia, resultado de una profunda reflexión. La verdad es que no sé por dónde podemos ir los intelectuales, yo misma me siento desconcertada en este momento de vertiginosos cambios.

FDR: Otro impulsor indirecto del redescubrimiento de Vargas Vila, al menos en mi caso, fue quien me llevó a descubrirlo, Fernando Vallejo, quien reconoce haberlo leído en varias de sus obras. Se trata igualmente de un escritor iconoclasta, anticlerical y que vierte fuertes críticas contra sus compatriotas, pero que en mi opinión le supera por su capacidad de autocrítica, humor y su esmerado cuidado de la lengua. ¿Les encuentra usted también parecidos?

CT: No, para nada, Fernando Vallejo puede admirar a Vargas Vila, sentir cierta fascinación por él, pero no hay un parecido entre ellos, porque la lengua de Vargas Vila no es cercana al habla popular, como sí ocurre con la de Vallejo. La de Vargas Vila era una lengua muy afectada, con recursos de la retórica, como la letanía, al estilo de los profetas, como Ezequiel. Ahí

está la contundencia del panfleto que llama a la rebelión, pero no a la reflexión, mientras que la lengua de Vallejo, desde mi punto de vista, está muy arraigada en el decir popular, lo que dice es lo que la gente piensa en el fondo, lo que no es políticamente correcto. Él traduce lo que nadie se atreve a decir. En cambio, en Vargas Vila hay un distanciamiento del pueblo: el aristocratismo decimonónico.

FDR: En todo caso, sí que creo que se perciben similitudes si observamos sus trayectorias. Las obras de Vargas Vila fueron perseguidas en Colombia a causa de sus críticas al clero y a los conservadores, él mismo hasta llegó a ser excomulgado. De igual modo, las primeras películas de Fernando Vallejo, recientemente reeditadas en Colombia, fueron prohibidas en el país en la década de los setenta del siglo pasado por ser una presunta apología de la violencia.

CT: No tengo conocimiento de ello, pero, por poner un ejemplo, en Colombia hay quienes consideran escandalosa o inmoral una película como *La vendedora de rosas* de Víctor Gaviria.

FDR: Claro, pero es distinto, porque ésta no fue prohibida en la época.

CT: Lo que quiero decir es que hay un rechazo por parte del sistema, cuando se siente agredido sí, por ejemplo, se muestra el abandono de la infancia en Colombia. Supongo que Vallejo no ha sido una persona perseguida, aunque es un personaje muy provocador. La primera fase de su narrativa, donde cuenta su infancia, es maravillosa. Se puede decir que obtuvo un éxito que no buscó. Lo malo es que en sus últimos libros repite la fórmula. Claro que Vargas Vila tuvo éxito y Vallejo también; Vargas Vila era misógino y despotricaba contra el clero y contra la clase política, Vallejo también es misógino, despotrica contra el clero y contra el *establishment*, pero no surte el mismo efecto, el sistema

no se siente amenazado con la literatura de Vallejo. En un momento dado Vargas Vila representaba la derrota del liberalismo y sus panfletos eran parte de su estrategia para desprestigiar la política de la Regeneración de Núñez, había un motivo político, lo de Vallejo es diferente.

FDR: Corrijame si me equivoco, pero me parece entender que, en su opinión, en nuestra sociedad, hoy en día no es posible ser un Vargas Vila, no es posible resultar subversivo para la sociedad, que hoy ya estamos acostumbrados a todo.

CT: En algún momento nos parece que Vallejo es tan exagerado que se acerca a la parodia. Es evidente que una obra escandalosa como la suya no causa el mismo efecto en la cultura occidental como en otras culturas. Salman Rushdie ha sido perseguido y amenazado por sus *Versos satánicos*. A lo mejor, si un autor tuviera una vinculación con grupos insurgentes, el Estado se sentiría amenazado. Él no escribe panfletos contra ningún jefe de Estado, como Vargas Vila. Pero le dan el premio “Rómulo Gallegos” y regala el dinero a los perros venezolanos, como si menospreciara la distinción que le concede el gobierno de aquel país, y esto no es una amenaza para nadie.

FDR: Por volver a Vargas Vila, dos últimas preguntas, una de ellas más personal: ¿cómo tomó usted la decisión de realizar una tesis doctoral en Madrid sobre este autor en pleno “reinado” de García Márquez?

CT: El modernismo siempre ha sido uno de los temas más tratados en la universidad española. Fíjate que en la Universidad Complutense de Madrid se custodia el archivo Rubén Darío. El modernismo es un tema que no se agota. Entonces, ¿cómo no iba a ser interesante trabajar sobre Vargas Vila si era el autor más leído en lengua española! Lo que en España no se alcanza a medir es lo que era

Vargas Vila en Colombia. En España es un modernista más por estudiarse. En cambio, en Colombia sí es una rareza estudiar a Vargas Vila, por haber sido un autor marginado y prohibido. Todavía despierta cierto morbo e incluso hay quién no entiende este interés por un autor que se quiere enterrar.

FDR: Para concluir, ¿qué puede aportar a día de hoy el estudio y redescubrimiento de la obra de José María Vargas Vila?

CT: Lo mejor de Vargas Vila debe elegirse con pinzas: sus ensayos de literatura, sus escritos sobre Renan, Nietzsche, Tolstoi, Valle-Inclán o Ibsen son maravillosos. No sé por qué a la gente no le interesa este aspecto de su obra, muy importante para entender el modernismo. Valen la pena libros como *El huerto agnóstico* que contiene epigramas, donde encuentras frases brillantes. Lo interesante sería coger tres o cuatro libros de Vargas Vila, los que más valen, y colocarlos en el lugar que corresponde en nuestro sistema literario, poniéndolos a dialogar con las obras de otros autores, porque al fin y al cabo Vargas Vila fue admirado por los más grandes escritores de su tiempo: José Enrique Rodó, Manuel Ugarte, Valle-Inclán, Pompeu Gener o el propio Rubén Darío. Muchos de ellos reconocían que en él había un gran poeta al que la política había absorbido impidiéndole desarrollar su indiscutible talento. Esto lo percibí leyendo sus primeros escritos de un estilo más fluido, rico y expresivo. El Vargas Vila que escribe *El camino de Sodoma* no tiene nada que ver con el panfletario que llegó a ser, acaso porque adaptó su verbo a la urgencia del momento político.

Fernando Díaz Ruiz trabaja en la Université Libre de Bruxelles mientras prepara su tesis doctoral sobre la narrativa de Fernando Vallejo; ha publicado varios artículos acerca de la

literatura hispanoamericana y es coeditor, junto con José Manuel Camacho Delgado, del libro Gabriel García Márquez, la modernidad de un clásico (2009). Correo electrónico: fdiazruiz@gmail.com.

Nora Goren

La institucionalización de la perspectiva de género. ¿Un mayor reconocimiento?

En el marco de un mundo en constante proceso de globalización transnacional, con sus impactos positivos y negativos sobre distintas dimensiones de la vida económica, política y social, ha habido avances formales y no formales en el reconocimiento de los derechos de los distintos grupos poblacionales, sumado esto a la aceptación e inclusión de algunas de las demandas del movimiento de mujeres.

Una de las formas a través de las cuales el Estado incorporó las demandas por los derechos de las mujeres y la igualdad de género fue la institucionalización de la perspectiva de género. Ésta fue atravesando distintos momentos, con enfoques teóricos, dispositivos institucionales y formas de intervención que fueron variando a lo largo del tiempo y dieron cuenta así del complejo arte de gobernar de los Estados frente a estas demandas en cada momento sociohistórico particular.

La inclusión de la perspectiva de género de manera “transversal” en los distintos ámbitos de la vida pública se hizo presente a partir de la conferencia de Beijing. La equidad de género se vio expresada en los Estados y la vinculada a temas laborales se plasmó en los distintos ministerios de Trabajo, asumió diversas modalidades y ocupó posiciones jerárquicas distintas, se la nombró de maneras diferentes, persi-